

del centro de la misma sabana; el caño *Piedracandela*, que desemboca en el Meta abajo de un barranco llamado "San Miguel" y se forma de unas lagunas más adentro de las sabanas del mismo nombre; *Matamata* caño pequeño que sale de allí mismo arriba de Guirripa; *Carupano*, sitio ocupado por unos indios; *Guayuriba*, caño y barranco alto también habitado; *Umapo* barranco alto y largo que parece haber sido cortado por el río; *Chacica*, *Carubare* otro sitio ocupado por Achaguas, de los mismos que hoy viven en Merreyal y también tienen campanas. Estas son las que, hace unos años, fueron llevadas a San José del Vichada. Al venirse al Meta los indios las trajeron. Bajando siempre, se divisa a la derecha el barranco de *Pacille*, el del *Bajo* y el de los *Merecures* (palos que dan unas frutas comestibles), que se extienden bastante lejos en las sabanas. Después llegamos a la boca del río *Yucado*, antiguamente muy poblado de indígenas en sus orillas, hoy enteramente desierto.

El *Manacacias* que desemboca en el Meta, casi a dos leguas más abajo del «Yucado» es habitado por unas familias de Piapocos. Este río remonta hasta San Martín por el caño que allí llaman «Chunaipo» y recibe el desagüe de algunas lagunas situadas casi al frente (Sur) de aquella población. El *Manacacias* es navegable casi hasta Carrozas, es rico en pescados y en sus alrededores abunda la cacería; pero su curso da tantas vueltas que no se necesita menos de quince días para remontarlo hasta «Carrozas», en San Martín. *Santa Inés*, *San Miguel*, *Barrancón* sitio habitado, *Algarrobo*, *San Pedro de Arimena*, *el Acerrio* y *el Porvenir* son los demás sitios que para dar una nomenclatura completa hemos de señalar en la margen derecha del Meta hasta frente a Orocué.

*Barrancón* hoy día desierto es el lugar que ocupaban anteriormente los indios Achaguas que ahora están repartidos entre Carubare y Merreyal. Este mismo punto es el que en tiempo del R. P. Vela se llamaba *Maquicar*. En un libro parroquial de bautismos que está en Medina figuran partidas de Maquicar, con la firma del Apóstol del Llano y pertenecen al tercer cuarto del siglo último pasado.

En la margen izquierda del Meta (Vicariato Apostólico de Casanare), el terreno parece en su generalidad más bajo que el del otro lado del río, la faja de monte de su orilla es angosta y la llanura más plana. Aunque esta ribera (la izquierda) queda también poco poblada, hay sin embargo en ella más caseríos que en la opuesta. Los puntos de más importancia después del *Upia* y que deben señalarse son: *Gutripa* más arriba de Guayuriba, corregimiento *Mararabal*, frente a Carubare; el caño *Gutra*. *Las Poyatas* caserío grande y corregimiento, allí están haciendo una capilla; el caño *Maximena*, *Sarracadal* casi frente a Santa Inés; el caño *Cusiana*; *Campoalegre*; *Platanales*, caserío frente a San Pedro de Arimena; el río *Craco*; *Remolinos* y *Orocué*.

*Orocué*, situado en un barranco relativamente a la configuración general del terreno, es un pueblito de aspecto muy agradable. Una vuelta del río, en forma de arco, frente al pueblo ofrece un puerto natural y abrigo contra la corriente principal. Una calle ancha, que separa las casas del borde del arrecife a orilla del río, da a Orocué, con su alameda formada de árboles coposos, el aspecto de las ciudades orientales y remeda las avenidas o *boulevards* que se encuentran en las ciudades marítimas.

Desde el punto llamado Guirripa, es decir desde el fin del primer día de nuestro viaje, de Cabuyaro para abajo, nuestro motor nos iba llevando con mucha facilidad a una velocidad de dos leguas castellanas por hora y con un gasto maximum de un litro de gasolina. Esta novedad, la de ver andar una embarcación sin remos en el Meta, unida al ruido singular de la máquina, no dejó de asustar a muchos ribereños. En Orocué mismo, nuestra llegada causó mucha sorpresa y despertó en varios el deseo de procurarse una maquinaria tan sencilla y cómoda.

Siguiendo el río Meta, con la velocidad apuntada y esa rapidez, hubiéramos llegado muy pronto al Orinoco, pero al saber que de Orocué hasta allá, la margen derecha estaba del todo desierta, no tenía objeto nuestro viaje por aquella vía. Además, siendo relativamente poca nuestra provisión de gasolina era más prudente utilizarla en el Vichada e izar la vela en el Meta, al regreso.

*Continuará*

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 39

## EL MORO

Por José Manuel Marroquín  
Autobiografía de un potro sabanero.

### CAPITULO XII

El Mohino prosigue y termina su relación.

Tras una noche que los terneros, y apartados, pasan respondiendo con incesantes berridos a los bramidos maternos, viene una mañana que casi siempre es clara y serena, pues para los rodeos se escoge el tiempo en que menos probabilidades haya de lluvias y de nublados. En lugar conveniente, arde una hoguera, en la que están calentándose los fierros. Los vaqueros forman compañías de a cuatro, a fin de que cuando uno enlace un ternero haya quien ayude a sujetarlo. Regularmente se prohíbe que a la corraleja entren para la *herranza* vaqueros a caballo; pero la prohibición no es respetada.

Comienza la función. Cerca de la

hoguera, entre nubes de humo y de polvo y oleadas de calor sofocante; en medio de una bulla atronadora, mezcla confusa de órdenes, regaños, disputas, chistes de grueso calibre y berridos penetrantes; entre una enmarañada red de rejos que se cruzan por todas partes, yacen cuatro ó seis terneros agarrotados y sujetos; un vaquero tiene a cada uno asido de la barba; otro tira de la cola hacia atrás si el ternero es pequeño, ó metiéndola por entre las piernas y sacándola por un lado, la mantiene sobre el ijar. Otros dos, con sendos rejos, sujetan las patas traseras y las delanteras.

El hierro viene de la hoguera y pasa a manos del patrón; si al aplicarlo este sobre la parte del animal, que deba ser marcada se levanta instantáneamente una nube de humo espesa y blanca, la operación queda bien ejecutada, y es breve, pues no se da tiempo al becerro de patear y sacudirse; si sale poco humo, y éste es obscuro, lleva su regaño el peón encargado de calentar los fierros; el animal pugna por soltarse, y sus movimientos, comunicados al fierro, ponen al que

lo maneja en la necesidad de aplicarlo más de una vez; y como es muy raro que acierte a volver a colocarlo en donde lo aplicó la primera, el ternero queda mal herrado.

Los vaqueros que lo tienen, impacientes por ir a enlazar otro, llaman a gritos y con instancias al que ha de hacerle la señal y al que ha de echarle un poco de sal en la boca, agasajo con que se consuela al maltratado becerrillo.

Cada ternero es traído al sitio en que debe sufrir las operaciones descritas, enlazado con uno ó con muchos rejos; él y los que lo traen penetran sin ceremonia y sin miramiento por entre cualquier grupo que se halle cerca de la hoguera; el ternero y el rejo hacen venir a tierra a las personas con quienes topan; a la sazón se están levantando, ya despachados, dos ó tres terneros que, ciegos de dolor y de coraje, cierran con quien pueden; quien rueda en el polvo; quien cae sobre la hoguera; quien hace una suerte; quien sale arrastrando enredado en un pegujón de rejos llevado por un becerro que se levantó sin que lo hubieran soltado bien; quien, finalmen-